

ha tenido piedad de nosotros, y que muy luego, esposo mío, El nos mandará un hijo.

Ahora ya, Joaquín no duda. La noble frente de Ana está limpia de calentura y limpia de sueños imposibles. Joaquín cree. Cree en el Todopoderoso, cree en el ángel y cree en la dulce mujer envejecida al lado suyo y cuya carne marchita como una flor cansada va a florecer.

¡Dios de Israel, va a florecer la marchita carne, y con qué flor, Dios mío!

En Jerusalén la Santa y en el día que corresponde a nuestro 8 de septiembre, nació la Niña llena de gracia; cuando Ana la tuvo en sus brazos se sintió joven como una madrecita nueva. La niña, deslumbradora, tierna, caliente..., ¿a qué compararla?... Joaquín la miraba, la miraba con tan vehemente amor y adoración, que se afinó su ya aguda inteligencia hasta el límite del poético acierto; por eso atinó tan preciosamente cuando dijo:

—Estrella..., estrella es esta niña nuestra, Ana. Por eso la llamaremos «Estrella de la Mar», MARIA.

Y el soberano nombre sin igual quedó señalado, con un beso muy suave y voluntarioso del padre, sobre la frente de la niña.

Y al octavo día de su nacimiento, cuando Joaquín y Ana cumplieron el rito —innecesario para la niña, concebida sin pecado— con que se borraba el pecado original, el maravilloso, el poderoso nombre de MARIA rodó bajo la cúpula azul del cielo, acariciado por el viento y empujado por un soplo divino.

Era la niña tan perfecta en su cuerpo como en su alma. Dos cosas fueron, desde que nació, adorables en ella: la pureza de sus ojos, llenos de vida y dulzura, capaces de mirar con infinito amor los dolores y las alegrías del mundo entero. Y la sonrisa de

su boca; sonrisa caliente, en la que los labios permanecen cerrados con suavidad y marcan un pliegue que es el sendero de nuestra esperanza. Los ojos y la boca de María niña no tuvieron parigual en el mundo ni en el cielo; hasta que una noche en Belén... un niño...

Pero, sigamos hablando de María. Ya la vida de Joaquín y Ana dependió tan sólo de aquel ángel que ríe y llora y duerme y canta al lado suyo. La alza Joaquín en los brazos, aún fuertes, bajo la gloria del sol de Galilea, y le parece que levanta en alto un mazo de azucenas. Ríe María, pequeñita y feliz, y es como si mil jilgueros se volvieran locos de alegría.

Dicen que Dios le dió a María, por ángel guardián, al Arcángel San Gabriel, que había de ser, más tarde, el mensajero de la Encarnación.

De condición humilde, amorosa, alegre, la niña parece envuelta en una luz de misterio, de milagro. Era aún diminuta —tres años— cuando sus padres, cumpliendo la promesa, la ofrecen al servicio de Dios, y la llevan al Templo.

Sube María la escalinata —quince escalones— que conduce al atrio. Cuando allá va, pasito a paso con su paso de paloma ganando cada escalón, parece que se ilumina poderosamente, así en la tierra como en el cielo, el día. Para ella, para esta niña, estaban escritas las palabras del *Cantar de los Cantares*:

—«¿Quién es ésta que sube cual aurora naciente?...»

Y había que responder: Esta que sube es la esperanza de los hombres. De su carne, más pura que el agua recién nacida, y de su sangre, limpia y fuerte, formará Dios el Cuerpo y la Sangre que salvarán al mundo.

Una tradición oriental antiquísima nos